

ENCUENTRO DE PROFESORES CRISTIANOS DE LA UNIVERSIDAD DE JAÉN (11 Diciembre 2004)

Importancia de la Universidad: *La universidad, lugar de investigación y docencia, está llamada a desempeñar una función de capital importancia en la construcción y desarrollo de la sociedad y de los futuros cuadros dirigentes de nuestro pueblo, como institución en que se elaboran los saberes y se adquiere formación crítica* (Documento de la Subcomisión de Universidades, *Orientaciones de Pastoral Universitaria en el ámbito de la Pastoral de la Cultura*, 1995).

Esta afirmación quiere cumplir una doble función: una **función indicativa**: los cristianos implicados en la universidad tienen un desafío de primer orden (la ruptura evangelio y cultura es el drama de nuestro tiempo, como afirmaba Pablo VI en la exhortación postsinodal *Evangelio Nuntiandi*, y Juan Pablo II, en la exhortación postsinodal *Christifideles Laici* 34). Y segundo, **función provocativa**: ¿qué hacer antes este panorama?

En primer lugar, reivindicar la unión entre fe-cultura: el guión no separa sino que une. Superar antítesis pasadas y trabajar por un diálogo enriquecedor, del que hay pruebas evidentes en el pasado. Se trata también de una tarea cargada de futuro. Afirmaba Juan Pablo II, en 1982: *La presencia de la Iglesia en la Universidad no es en modo alguno una tarea ajena a la misión de la Iglesia... La síntesis entre fe y cultura no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada o fielmente vivida... Por eso, la presencia de la Iglesia en la Universidad se inscribe en el proceso de inculturación de la fe como una exigencia de la evangelización* (Carta al Pontificio Consejo para la Cultura, 20 mayo 1982).

UN REPASO POR NUESTRA REALIDAD

Estudios sociológicos fiables sobre la universidad (Informe FOESSA-1994, cuyos datos están recogidos en el libro de A. Tornos y R. Aparicio, *¿Quién es creyente en España hoy?*, Madrid, PPC, 1995) constatan:

El 79% de las personas relacionadas con el mundo universitario se autodenominan católicos. Entre los católicos, un 45% se confiesa no practicante. Un 34% poco o muy poco practicante. Un 21%, por tanto, se considera realmente practicante.

Entre un 15 y un 20% se declaran indiferentes. Entre un 7 y un 10% se consideran ateos o agnósticos. En torno a un 90% son en alguna manera, religiosos (siquiera dubitativamente).

Indudablemente, en los diez últimos años, el índice de religiosidad ha bajado. Pero, cuando estos datos se comparan con los de 1960, se observa, entre otras cosas:

1. La aparición del grupo de los indiferentes,
2. El fuerte aumento de los católicos no practicantes (en 1960 eran el 8%),
3. El lento progreso de los increyentes,
4. El mantenimiento de una inmensa mayoría que se considera religiosa.

Unida a esta realidad sociológica, también hay una realidad ideológica o intelectual, marcada por un universo de comprensión, que incide también directamente sobre las creencias o la búsqueda de sentido. Estas corrientes de pensamiento ofrecen un marco interpretativo para la situación que vivimos; y las corrientes las podríamos resumir en la modernidad y la secularización. Para lo que viene a continuación, tomo a grandes rasgos ideas de Juan Luis Ruiz de la Peña *Evangelio, Iglesia y Nueva Cultura*, Madrid, Edice, 1992, *passim*.

Él habla del lado oscuro de la cultura, para definir las realidades culturales con las que topa el anuncio del evangelio.

1. **La racionalidad científico-técnica** (cientificismo). Manifiesto del Círculo de Viena (1929): los contenidos y el método de las ciencias de la naturaleza pueden afrontar con éxito una concepción de lo real exacta, ‘científica’, lejos de las imprecisiones de la metafísica y de la teología. Sólo es real y verdadero lo que es empíricamente verificable. Realidad es sólo la física. Se produce así un monismo epistemológico (sólo lo científico es lo racional) y un monismo ontológico (toda realidad es sólo física), que provoca un doble reduccionismo: un reduccionismo epistemológico (no hay fuente de la verdad fuera de lo físico; no a principios generales y abstractos), y un reduccionismo ontológico (el ser humano es una cosa entre otras cosas).

Consecuencias: además de repudiar las cuestiones éticas, se niega a considerar la cuestión universal del ‘sentido’, y se despoja a la religión de toda credibilidad, porque la fe es irracional. En el horizonte vital que genera, no hay trascendencia. Pero no faltan indicadores que indican una reacción ante esta dictadura de la racionalidad técnica (ecologismo, pacifismo, preocupación por el tercer mundo, esoterismo y ocultismo...).

2. **Nihilismo**: el científismo fue demasiado ambicioso y su optimismo se ha mostrado trágico, por lo que se alimenta una vuelta al nihilismo -que ya había aparecido en el XIX). Un ejemplo es la obra de Cioran. Según éste, el ser humano está afectado de una malformación originaria que consiste en una sed insaciable de conocimiento (Gn: el árbol de la ciencia del bien y del mal); eso no produce sino una desconfianza ante todo, como la manifestada por Fernando Savater (*Panfleto contra el Todo*). La conclusión de todo es el absurdo, por lo que no

hay lugar para la ética ni para la pregunta por el sentido de la vida, y consiguientemente, por Dios.

3. La posmodernidad y el pensamiento débil. En la reacción contra el cientificismo - la dictadura de los laboratorios, como lo llamo Ortega- está también la base de la mentalidad posmoderna y su tesis del pensamiento débil. Es la 'insostenible levedad del ser': en la experiencia cotidiana se constata la precariedad y caducidad del ser, intuita ya en la muerte de Dios, de Nietzsche, y el hombre ser para la muerte, de Heidegger. En definitiva se trata del final de la estructura estable del ser. A la debilidad del ser, sigue la debilidad del pensamiento, incapaz de conocer la verdad, realidad que se diluye. Como afirma Ruiz de la Peña, la propuesta posmoderna defiende la alergia a los conceptos de verdad y certeza, la entronización de la razón vacilante como signo de lúcida madurez, el rechazo de toda afirmación con voluntad de validez permanente, el descrédito de los imperativos éticos -no hay valores éticos absolutos-, etc.

Este paseo por el pensamiento actual nos presenta tres huecos o lagunas que socavan la posibilidad de ser cristiano en la universidad:

1. Frente al cientificismo, hay que redefinir la racionalidad para poder hablar de mística; para poder plantear la respuesta 'racionalmente humana de la fe'.
2. Frente al nihilismo, hay que recuperar la cuestión del sentido de la vida para poder hablar de esperanza, como recurso auténticamente humano (E. Bloch, *El principio esperanza*).
3. Frente a las múltiples necrológicas de Dios y su criatura, el ser humano, hay que redescubrir la significatividad de Dios, y a la luz de Él, la del hombre.

Todo esto vivido en un contexto dominado por un aparente pluralismo ideológico, que esconde un pensamiento único, difundido por los medios de comunicación, del que se aprovecha un nuevo maquiavelismo político.

CONSECUENCIAS PARA LA FE

La consecuencia de todo esto la definimos como secularización. Es un concepto amplio y polisémico en español, que requiere una precisión terminológica, ya que tanto en los diálogos habituales como en la misma exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, se habla de *secularismo*, *secularización* y *secularidad*. Hay que tener en cuenta que estos tres conceptos no significan exactamente lo mismo. Según el cardenal Daniélou, tomados en sentido estricto, se caracterizan, respectivamente, por poner en cuestión el hecho religioso en relación con tres aspectos diversos del mundo contemporáneo:

- 1) el pensamiento científico

- 2) la civilización y sociedad moderna, y
- 3) la autonomía del individuo.

Aunque realmente el término secularismo refleja mejor la situación religiosa de Europa, de su cultura y su sociedad, usaremos el concepto más consagrado de secularización, entendiéndola como una **impugnación radical de la religión, a la que se considera como un hecho cultural que ha dejado de ser válido en el mundo moderno, mundo que se interpreta sólo desde coordenadas imanentistas**. Esta constatación plantea, a su vez, el problema más clásico, pero que hoy se presenta de manera más aguda en todo el mundo, de las relaciones del cristianismo o de la religión con la civilización, es decir, desde el punto de vista de la fe, el problema de si puede existir una civilización impregnada de los valores del evangelio. Frente a esta problemática, la secularización propugna, en toda su radicalidad, una separación completa entre las esferas de la civilización o de la sociedad, de un lado, y el dominio o esfera de la fe, de otro, caracterizando ambos ámbitos con la calificación de público/privado, de manera que se excluyan mutuamente

La secularización ha afectado a los cristianos que trabajan en la Universidad de diversos modos. Unos retienen la fe católica sin haberla contrastado con la modernidad (escisión de vida de fe). Otros están desconcertados en su fe ante el reto de la modernidad (inclinación al eclecticismo). Otros, minoría, realizan, no sin tensiones, un esfuerzo de síntesis que evite la escisión interior, purifique la fe de adherencias anacrónicas y discierna críticamente las aportaciones de la modernidad. La confrontación con la secularización o el secularismo es un compromiso ineludible en la misión de la Iglesia en este tercer milenio, como recuerda Juan Pablo II, en la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente: dos compromisos serán ineludibles...: la confrontación con el secularismo y el diálogo con las grandes religiones. Respecto al primero, será oportuno afrontar la vasta problemática de la crisis de civilización, que se ha ido manifestando sobre todo en el Occidente tecnológicamente más desarrollado, pero interiormente empobrecido por el olvido y la marginación de Dios. A la crisis de civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización.*

CLAVES PARA VIVIR LA FE EN EL ÁMBITO UNIVERSITARIO

La sociedad en que vivimos ha sido descrita por José Antonio Pagola de la siguiente manera:

La nueva evangelización no tiene como horizonte el mundo pagano, sino una sociedad que "está de vuelta" del cristianismo. La indiferencia religiosa actual es un estado

al que muchos han llegado después de tener contacto con la fe cristiana. Para estas personas, el cristianismo no tiene ninguna novedad. Lo cristiano les resulta algo sabido. Un discurso repetitivo y vacío que ya no encuentra eco en sus conciencias. Por otra parte, muchos no guardan buen recuerdo de su experiencia religiosa. De ser cierto lo que dicen, el Dios que han conocido no ha sido para ellos gracia liberadora, fuerza y alegría para vivir, fuente de sentido y esperanza. Al contrario, en ellos ha quedado el oscuro recuerdo de un Dios peligroso y amenazador, que no deja ser ni disfrutar, alguien que hace la vida del hombre más dura y difícil de lo que ya es por sí misma. Y, naturalmente, va prescindiendo de Él.

Por eso, en el arranque mismo de la nueva evangelización hay preguntas que no hemos de ignorar. Estos hombres y mujeres, aparentemente tan desinteresados por la religión, ¿ya no la necesitan? ¿Qué queda en ellos de esa fe que un día habitó en su corazón? ¿Se han cerrado para siempre al Dios de Jesucristo? ¿Cómo acercar a Dios a estas personas que, habiendo oído hablar de Él, hoy le dan la espalda? ¿Cómo hacer creíble a Jesucristo a personas que lo rechazan, después de haber escuchado, de alguna manera, su mensaje?

*En el trasfondo de todas estas preguntas subyace una grave interrogante: ¿Hemos perdido los creyentes capacidad para presentar la salvación cristiana como Buena Noticia? ¿Qué es lo que ha sucedido después de veinte siglos de cristianismo? ¿Por qué el anuncio cristiano ya no es Buena Noticia para muchos? ¿Es problema sólo y exclusivamente de la sociedad actual? o ¿es problema también de que "la sal se ha desvirtuado" y de que "la luz ha quedado oculta"? (J. A. PAGOLA, *Fidelidad al Espíritu en situación de conflicto*, Santander, Ed. Sal Terrae, 1995).*

En esa sociedad, que se refleja también en el ámbito universitario, es necesario que la fe cristiana se pueda vivir sin complejos ni prepotencias, sino como una oferta válida, libre y gratuita para encontrar un sentido a la vida, que estructure la vocación docente e investigadora. Para ello, hay unas claves imprescindibles:

- Paso de la pertenencia sociológica a una adhesión más personal de la fe: formación personalizada... Ello provoca una explícita y desacomplejada confesión creyente en la Universidad: pasando de una fe vergonzante a una fe confesante.
- Capacidad de expresar la vivencia de la fe no en una cultura de apoyo y protección sino en una cultura pluralista, donde ya no existe protección oficial o sociológica sino incluso oposición o indiferencia generalizada en la que se diluyen los valores cristianos.

- Necesidad de corregir los excesos e intemperancias que comporta el secularismo sin que provoque en los evangelizadores reacciones reticentes e involucionistas a la modernidad.

Trabajar por una Iglesia que sale al encuentro: promover una pastoral del diálogo, con los puntos que Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam* (1964):

1. identificación de los dialogantes,
2. hay que tomar la iniciativa,
3. desde una actitud de amor al mundo en su expresión de actualidad, de modernidad,
4. invitando a un diálogo fluido, cooperante y no a monólogos compartidos, con honradez en la búsqueda de la verdad, sin componendas.

Concretando, hoy un cristiano en la Universidad necesita

- moverse con naturalidad en el ámbito de la pluralidad...
- no reducir el anuncio y el testimonio al ámbito de lo privado
- eludir formas beligerantes o vergonzantes y adoptar posiciones confesantes
- Todo desde una identidad cristiana caracterizada por una articulación armónica:
 1. dimensión contemplativa (oración-celebración)
 2. dimensión teológico-formativa (dar razón de la esperanza, 1Pe 3,15)
 3. dimensión transformadora (actitud crítica constructiva, presencia fermento, grupos de orientación y diálogo, servicio...).

Delineamos una nueva mística del docente universitario cristiano. Ante todo no es el que sube hacia arriba con sus fuerzas (Prometeo) sino el hombre o mujer que tiene una experiencia del Dios que es quien se abaja para entrar en contacto con nosotros, nos toma de la mano y acompasa su camino a nuestra andadura vacilante; es decir, el creyente que tiene una experiencia del misterio, viviendo la vida no en vacío sino ante Alguien que nos acoge.

Hoy estamos rodeados de la ausencia de Dios -aparentemente- pero hay rumores de trascendencia en la sociedad secularizada, porque el ser humano sigue siendo un ser 'con un misterio en su corazón': el hombre supera infinitamente al hombre y le hace arañar el misterio, y las mismas relaciones humanas nos empujan hacia la trascendencia. Por eso, hay que convertir los rumores de trascendencia en anuncio claro y definitivo: la presencia evangelizadora del cristiano en la Universidad no reside en las propias fuerzas amenazadas sino en la calidad del mensaje del que somos portadores. Por eso, hoy más que nunca, necesitamos acrisolar lo que anunciamos, o mejor a Quien anunciamos:

- Nuestro anuncio es el de un Dios Padre y Amigo, Buena Noticia...

- Pero también un Dios celoso: detecta la promiscuidad de compartir su amor soberano con los ídolos gratificantes del consumismo, aislamiento egoísta, rivalidad, ansia de poder o reduccionismo animalesco de lo humano.
- Anunciamos con obras y palabras: desde la propia vivencia convencida. Aunque como confesantes de nuestra debilidad: sabemos sentirnos salvados y también continuamente perdonados. *Por eso, no basta una predicación más correcta sobre Dios. Es necesario que los que hablan de Dios sean buenos, creyentes que por su manera de ser, actuar y reaccionar... introduzcan algo bueno en la vida de los hombres y mujeres de Dios.*

Hay que volver la mirada a Dios: no habrá una presencia renovada en la Universidad si no hay en los que la impulsamos una experiencia nueva y gozosa de Dios. La mística es volver la mirada a Dios. Pero no es suficiente cualquier mirada: no la del hombre distraído, ni la del hombre masificado ni la del hombre manipulador, sino la mirada interior: *No quieras ir fuera de ti mismo, es en el hombre interior donde habita la verdad* (S. Agustín, *De vera religione*, 39, 72.).

Esta mística permitiría, por decirlo con palabras del cardenal Newman, pasar del asentimiento nocional al asentimiento real, de tener una experiencia teórica y simplemente intelectual de Dios, a tener una experiencia vital, real y concreta, para poder exclamar con Job: *Hasta ahora hablaba de ti de oídas. Ahora te han visto mis ojos* (42,5).

* * *